

José Ramón Enríquez

El poeta de la luz oscura

Luis de Távira

Poeta y hombre de teatro nacido en 1945 en la Ciudad de México y hoy residente en Mérida, Yucatán, nuestro columnista José Ramón Enríquez –un “librepensador comunista y católico confeso”, como lo define Luis de Távira, director de la Compañía Nacional de Teatro– ha desarrollado una trayectoria invaluable que lo ha hecho merecedor de la Medalla de Oro de Bellas Artes.

José Ramón Enríquez nació en 1945. El año de la bomba atómica. Como a muy pocos de sus coetáneos, la conciencia de haber nacido en semejante momento ha sido para José Ramón Enríquez el signo original de su profunda, única, fecunda y ya larga aventura espiritual: oponer el impulso invencible de la creación al avasallamiento del nihilismo y sus catástrofes.

La afición a la simetría nos ha llevado a organizar la estructura de la conciencia histórica por centurias. Semejante aritmética dista mucho de ser una ciencia exacta. No lo ha sido así para nuestra generación. Decir que somos oriundos del siglo XX y que hemos sobrevivido para habitar los primeros lustros del siglo XXI no deja de ser una quimera.

Nuestro siglo comenzó realmente este año de la bomba en el que nació José Ramón Enríquez.

Ese año inició la era de la desintegración, no sólo del átomo sino de todo lo que es.

Al arribar José Ramón Enríquez a esa conciencia se convirtió en poeta. Poeta de nacimiento, poeta por decisión, poeta por obediencia, poeta por rebeldía, poeta por esperanza, porque sí, porque cómo, si no fuera por eso.

En 1945, tras la devastación de los bombardeos que redujeron las ciudades de Alemania a polvo y escombros, unas semanas después de que la ciencia puesta al servicio de la guerra demostrara la conjetura nuclear y consiguiera con el estallido atómico la constatación de la medida alcanzada por el poder de destrucción del mundo, tras la expansión del nihilismo en una escala tal que ningún apocalipsis anterior hubiera podido imaginar en su más extremo delirio, refugiado en una cabaña del bosque de Kirchhorst, Ernst Jünger anotaba en su diario unas palabras que hoy no puedo evitar leerlas sino como un oráculo en las vísperas del nacimiento de José Ramón.

Oráculo como el de Edipo, como el de Segismundo, enigma cuyo desciframiento es el reto decisivo del albedrío que puede alcanzarnos la libertad frente al destino.

Así anotó Jünger en una página de su diario, en la soledad de su refugio del bosque, bajo un cielo preñado de bombas:

La tarea del poeta, en la medida en que ella tiene sentido para los otros, es la fundación de una tierra natal espiritual, de una morada espiritual.

Puede ser un nicho modesto hecho en el espesor de un muro en el que hay una imagen, o un banco delante de un portal, o una casa de campo, o un palacio, pero también puede ser una amplia extensión de bosques y cadenas montañosas o el espacio cósmico.

La obra poética se impone al mundo de una manera mucho más honda y duradera que todo saber, que toda política.

Todavía hoy sigue introduciéndonos en las murallas de Troya, en el Palacio de Agamenón.

Así como la seguridad de un lugar, su condición de habitable, reposa en el héroe, así es el poeta el que consigue que reconozcamos ese lugar, que lo recordemos, que se convierta en tierra natal.

Son los poetas los que proporcionan los grandes albergues, los grandes refugios.

De ahí que en aquellos sitios donde ellos faltan se propague enseguida un vacío terrible.

Es cierto que en semejantes lugares aún puede apenas habitarse, pero se han vuelto sitios inhóspitos, carentes de sentido, desconocidos en su interior...

Unos meses después de ser escritas estas palabras, nació en la Ciudad de México un hijo del exilio republicano español que vino a la vida para hacerse un poeta de estirpe manchega y cervantina, para fundar entre nosotros una tierra natal espiritual, capaz de encantar la realidad descorazonada y de introducirnos lo mismo al espejo de Alicia que a la Cueva de Montesinos, lo mismo a las playas ardientes de Micenas que al baldaquino desolado de Zaratustra en el día de su jubileo, lo mismo a la luz pi-

ramidal del primero sueño de una tierra nacida sombra que a la oscuridad ardiente de una ciudad sin sueño.

Si fuera preciso extremar la síntesis y decir en unas cuantas palabras la cualidad cabal que pudiera identificar el universo poético de José Ramón Enríquez, lo mismo piezas teatrales, libretos de ópera que poemarios, no hallaría mejor formulación que la que Ramón María del Valle-Inclán atribuyó a la que consideraba la poesía más inusitada y dilecta; la expresó en un oxímoron: luz oscura.

En la pradera poética de José Ramón Enríquez las sombras deslumbran y los destellos abren cavernas.

Poesía total, lo mismo lírica que dramática, lo mismo mística que erótica, lo mismo política que satírica, lo mismo culterana que conceptista.

Siempre me ha inquietado el ventarrón quevediano de su sonrisa.

Más que en la paradoja, su admirable andadura intelectual se describe en el oxímoron.

El oxímoron consiste en un enfrentamiento de palabras cuya contrariedad es capaz de revelar un sentido inefable que ninguna palabra por sí sola sería capaz de nombrar.

La oximorónica andadura intelectual de José Ramón Enríquez ha sido capaz de revelar una inefable congruencia que se funda en una inteligencia superior capaz de traspasar los acotamientos de la radicalidad ideológica y de abrir los cerrojos de las ortodoxias y delatar los fariseísmos de la doble moral de la vigilancia y el castigo para arribar al horizonte claro, amplio y abierto de una tolerancia sólo semejante a la sabiduría.



El Jefe Máximo dirigida por José Ramón Enríquez con Jesús Ochoa y Miguel Flores, 1992

Así podría rezar el oxímoron:

José Ramón Enríquez es un librepensador comunista y católico confeso.

Vayamos por partes, es un librepensador en primer lugar porque piensa y porque piensa, piensa que piensa y eso lo ha hecho responsable de lo que piensa y por eso es dueño de su pensamiento y por lo tanto enemigo del pensamiento único y del pensamiento débil de los rebaños. Pensar lo ha hecho libre y fecundo para proponer diversos pensamientos y difundirlos y publicarlos. Pensar lo ha hecho libre para decir sin miedo lo que piensa y provocar así la cultura, esa indispensable conversación que nos sostiene.

Se hizo comunista porque es hijo de su tiempo y este fue el largo tiempo de una guerra mal llamada fría, de radicalismos asesinos, y entendió que en esta sociedad capitalista hay dos tipos de personas, unos depredadores voraces e insaciables que acaparan tramposamente la riqueza de todos y devastan el mundo y luego están los otros, los más, los que miran cómo unos se enriquecen a costa de la pobreza de la mayoría y no hacen nada. Miran cómo devastan el mundo y no hacen nada y pensó que eso de quedarse mirando sin hacer nada no era sensato ni digno y entonces optó por un tercer tipo de persona, la de los que intentan hacer algo y descubren la posibilidad del cambio y entendió que la tarea del artista consiste en la construcción de la conciencia, que la conciencia es el sujeto de la libertad y que la libertad es la capacidad de comprometerse en la causa de los humillados y ofendidos.

Así también descubrió que precisamente en eso consiste ser cristiano, si el cristianismo es la fe en la palabra y la acción de un poeta galileo que llamó a la solidaridad con el sufrimiento humano y dio la vida por la causa de los últimos que un día por cierto vendrán a ser los primeros.

Encontró en el asentimiento de la fe histórica heredada una luz oscura que lo llamó a transfigurar al mundo y lo incitó a no dejar de pensar y cuestionar, porque no es que se llegue a creer porque se piensa, sino precisamente porque se cree es necesario pensar.

La luz oscura le reveló entonces que la fe sólo puede ser amor por la vida y pasión por los demás.

Decía Teilhard de Chardin: *feliz aquel que no se ha respondido todavía.*

El pensamiento de José Ramón Enríquez es una incesante pregunta siempre abierta, siempre inquieta.

Hombre de comunidad, José Ramón Enríquez encontró en el teatro su morada. Hombre integral de teatro, inició sus pasos como actor en la cantera fecunda de aquel campeón mundial del teatro mexicano que fue Ignacio Retes. Más tarde, en la entrañable confabulación teatral de Vicente Leñero se convirtió también en dramaturgo; con Sergio Galindo, Francisco Marín e



José Ramón Enríquez

Ignacio Solares se hizo director de escena; con Federico Ibarra creó las más consistentes óperas mexicanas del tiempo reciente. Propositor teatrológico y crítico cabal, José Ramón Enríquez se ha convertido en uno de los grandes maestros de nuestro teatro; la lista de sus discípulos resulta al tiempo brillante e incontable.

Alguna vez, san Agustín aconsejaba a aquel que se aproxima al misterio del otro que se preguntara e indagara quiénes habían sido sus maestros. No los maestros del aula, sino los maestros de la vida; aquellos que habían formado su pensamiento y cultivado su sensibilidad, pero sobre todo aquellos que lo dotaron del criterio y de aquel extraño sentido de la orientación que alguna vez lo hiciera capaz de descubrir que hay suficiente luz en las tinieblas.

¿Quiénes son los maestros del pródigo maestro José Ramón Enríquez?

Sin duda hay muchos y yo debo desconocer a la mayoría. Tendría que preguntarle a él en algún descuido de la abnegada amistad. Pero hay tres que yo encuentro evidentes y decisivos y por los que no necesito preguntarle en el descuido de una indiscreta confidencia, porque me basta leer su obra y contemplar su vida y sus escenarios para saberlo. Ellos son: Ignacio de Loyola, Pier Paolo Pasolini e Isidoro Enríquez Calleja.

De Ignacio de Loyola aprendió en la intensa intimidad de los *Ejercicios espirituales*, la mística del silencio, la pasión por el discernimiento, la consolación de la amistad y en la oración supino rostro arriba, la contemplación para alcanzar amor.

En Pasolini encontró el asombro del artista ante la tradición; al maestro que le mostró la fuerza poética del filme y del drama, la irresistible trama de la imaginación, el poder de la indignación, la libertad audaz de la crítica, la fascinación por lo extraño, el martirio que se alcanza cuando el poder del arte consigue delatar el alma perversa de los totalitarismos y sobre todo, el amor a la juventud.

Isidoro Enríquez Calleja, el lúcido pedagogo de la renovación educativa del sueño de una posible República española, el trasterrado de la patria perdida y ganada, la mejor España como aquella Numancia cervantina, triunfante en la derrota, le enseñó a amar a México desde el amor a España, le enseñó a imaginar un México mejor desde el sueño perdido de aquella mejor España irrenunciable. Y le puso los libros en las manos; con los libros abiertos lo inició en esa decisiva interlocución viva con las grandes almas que la muerte ausenta.

Y desde entonces, José Ramón Enríquez nos contagia de su entusiasmo por la vida que brota de los libros y anima esa indispensable conversación que nos sostiene.

Un buen día, José Ramón Enríquez decidió no esperar más y emigró al paraíso del sureste y sus infernales calores y decretó que el reino de este mundo es esa Mérida de lánguida belleza e irresistible transparencia. Ahí encontró un hogar sólido y una comunidad admirable de hacedores de teatro. Desde ahí escribe con mayor fecundidad y brillantez que nunca, ahí

lee en el sosiego intenso, hace teatro incansable, como actor, como director, como autor, como maestro de inagotable generosidad.

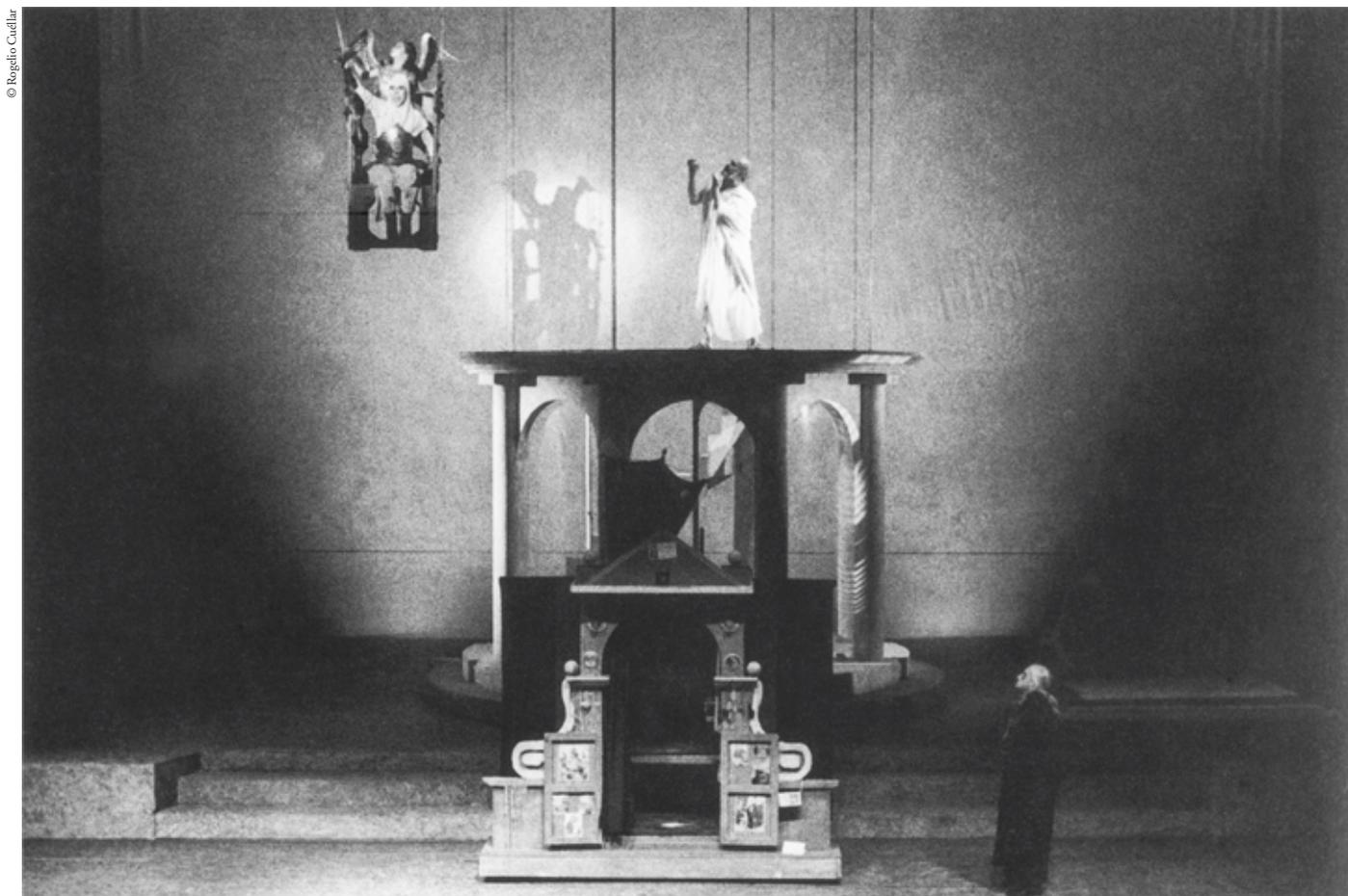
Ahí el hijo pródigo del exilio ha vuelto a casa y el *huache* se ha convertido en una tradición de la ciudad.

También ha creado el privilegio de una cátedra insuperable. La *Cátedra de la Impala*.

Hay en una de las orillas del centro histórico de Mérida, una hermosa terraza donde se encuentra la Cafetería Impala que sólo abre de noche, cuando ha bajado el calor y empieza a soplar el fresco. La terraza se encuentra justo en la esquina donde comienza la avenida más bella del mundo, el Paseo Montejo, donde parecen vibrar aún y transcurrir vivas las excesivas extravagancias que imaginó Carpentier en *El siglo de las luces*.

En una mesa de la Impala se instala todas las noches José Ramón Enríquez y entre atónitos comensales de platillos voladores, comienza a impartir su luminosa cátedra, a veces conversación, a veces conferencia, otras tertulia; poco a poco la *Cátedra de la Impala* se transfigura en casi un congreso del mundo. Otras veces, un poco más noche se le puede ver sentado, solitario, escribiendo en una libreta o transportado en la lectura de algún libro o simplemente así, habitando la quietud y soñando en verso.

Pero entonces puede ser que de pronto levante la cabeza y nos mire de frente desde esa inquietante sonrisa quevediana. **U**



Jubileo de José Ramón Enríquez, dirigida por Luis de Tavira, 1993